

Notas de micro

Lucía de la Maza Cabrera

Dramaturga y actriz



Qué maravilloso tiempo perdido. Un estado siempre pa-recido, adormecimiento, vaitén, ensimismamiento. A esta hora se ha subido tanta gente que apenas puedo mirar por la ventana. La señora le da helado a la niña, que se ha manchado entera con mora, y yo alejo mis piernas de sus zapatitos para no dañar los míos. Tarareo con mis dientes una canción que escuché en la mañana, intentando ordenar ideas, aprovechando de revisar mentalmente mi agenda para adelantar cosas que tendré que resolver después. Qué pérdida de tiempo, no puedo hacer nada. He soñado que no me bajo donde debo y que me llevan a lugares luminosos. Es, en realidad, un tiempo ganado.

La vida debería estar mejor escrita. Lo pienso desde que me libretearon un par de momentos sin que me diera cuenta. Fueron frases perfectas, pausas dramáticas muy necesarias. Por deformación profesional (¿actriz?, ¿dramaturga?, ¿productora?) estoy acostumbrada a registrarlos con precisa precisión. Al llegar a casa encendí el computador y ahí están, dos diálogos perfectos, esperando les encuentre vida útil. Quizás deba esperar a tener veinte más y

pegarlos con *scotch*, cada función elegir tres por medio de una tómbola. Luego presentarlos y cada noche una obra distinta. Incluso sortear el nombre. Hoy se llamará *Si te casas me pierdes*, mañana se llamará *Mala clase*. Quisiera que la vida estuviera SIEMPRE bien dialogada, y así ver si el personaje que encarno se desarrolla de acuerdo a una lógica para saber si las historias son dramas, comedias o tragedias, de final abierto o cerrado, saber si estoy en el CLIMAX o no, para, al menos, disfrutarlo. Pero cuando uno lo planea no resulta. Tantos momentos claves se convierten en trivialidades por no encontrar las palabras oportunas. Me pasa que por este deseo – casi obsesión– de decir las cosas con la objetividad que dan las palabras adecuadas, he sido malinterpretada. Y el diálogo resultante es un desas-

tre, cualquier profesor de dramaturgia quedaría corto en consejos y soluciones mejores que ésta. Pero ya está, se ha puesto fin de la escena y no he construido nada. ¿Acaso las escribo mal, en mi cabeza? He querido tener en lo cotidiano el don de los poetas,

de los grandes oradores, pero estos ejercicios se han resuelto desastrosamente. Hace poco, por seguir con mi juego, me juzgaron de intolerante, de arrogante, de egoísta. Mi reacción refleja fue ponerme a llorar de rabia. Pero no temo, confío en que superaré mis propias marcas. ¿Tan mal lo dije o el receptor, ante la honestidad de mi

construcción lingüística, no vio en mí más que malas intenciones? ¿Habrá sido siempre ese mi problema de adaptación?

La música que uno escucha es la banda sonora de nuestra vida. Eso lo



Fotografía: Lucía de la Maza

Roberto Fariás en **Metrofilia**, monólogo de Lucía de la Maza. Dirección: Guillermo Calderón. 2001.

dijo alguien, que se lo dijo a alguien más, y yo río repitiéndoselo al grupo de actores con que estoy trabajando, para justificar la música que he traído al ensayo. Que mi música sea mala, es problema del que la programó para que yo la escuchara. ¿Por qué, entonces, no puede ser la de mis personajes? El chofer pone una radio y termino cantando esa canción, todo el día. Y



si no ando en micro, es igual. Podría decir que cada día despierto con una música incidental. A veces queda pegada por días, completa o sólo el estríbillo. Aunque hoy no haya radio, a este lado del vehículo se tararea un tema romántico con el castañeteo de una mandíbula. Mis dientes han sufrido las consecuencias de no poder poner el *mute* en mi oído interno.

El artista no debe buscar, debe encontrar. Esto fue de Picasso, citado por un director chileno, frase que quiero sea la que guie mi trabajo presente. Ya estoy aburrida de perderme, de esperar aciertos, de buscar el método. Quiero encontrar eso que me grita cada signo que encuentro, el sentido de mi vida, supongo. Me acerco, a cada paso, lo sé porque si no me enfermo, y no ha pasado. Encontrar. Encontrar tiene que ver con que se está *llegando siempre a puerto, se está dando pie con bola, en el clavo*, a cada rato. No hay procesos, son resultados, que sumados pueden hablar de un resultado mayor. En el ensayo de hoy encontramos algunas cosas. No sé por qué el director y los actores aceptaron hacer tan tranquilos *Color de hormiga*. Junto con

entregarles a mi hija, mi pedazo de vida, mi trozo de alma, les di un problema. A pesar de que amo ese texto, no lo escribí para el teatro. Es algo que quise hacer, simplemente, y que trabajé entre noviembre del 2002 y abril de este año, sin la menor expectativa. Ahí está, encontrándose sola en medio de un desierto. Descubriendo por dónde nace la nueva Blanca, que está a punto de ser parida.

El sábado me preguntaron si era mi primera vez. Le dije que no, que antes había escrito varias obras de teatro. Y tan joven, qué bueno que los jóvenes y las mujeres están empezando a escribir teatro. Le dije que había muchos más. Y estrenan a cada rato. Lo que pasa es que los diarios no nos

dan mucha pelota, quise decir, pero ese lenguaje, tan vulgar para ser dramaturga. También actriz, habría dicho, y sepa que aunque no actué desde mi egreso, en marzo volveré al sitio de donde nunca me debí bajar.

Qué tiene que ver lo esto, lo aquello, lo otro. No tengo respuesta. Lo tomo lo mismo que con el *soundtrack*, es lo que hay, cada cosa en cada momento. Mi crisis adolescente, el miedo al éxito a los veinte años. El abismo de acercarse a los treinta hoy. Blanca, en *Color de hormiga*, no soy yo. Es una parte de mí. Así la Dani, Pepe, Francisco y hasta Ricardo, todos encarnan el tema que gira en mi cabeza, la *banda dolora* de este momento de mi vida. Mi escritura-mi biografía, siempre lo he pensado así, por eso no me gusta releer mis antiguos textos. Se me hacen prehistóricos.

¿Tanto cambian las inquietudes de uno?

He pasado por muchísimos temas, la ínti-

Manuela Oyarzún y Benjamín Vicuña en *La otredad (la otredad de lo uno o los perros quiltros)*. Dramaturgia y dirección: Lucía de la Maza. 2000.



ma corrupción, la orfandad mental, el miedo a la felicidad... **Color de hormiga** contiene muchos temas, no sé cual es el grande.

Lo mejor que he escrito aún no lo escribo. Lo escuché, para variar, de boca de otro. Quiero pensar que la he inventado yo, como la de Picasso

peles que tiro al basurero por si hay ahí ensayos, borriones, palabras. Me imagino a la espera de mi próxima obra de teatro, me imagino en primera fila, conmovida por mis propias palabras, y yo, observadora anónima de mi misma, saludándome al final de la función, diciéndome *esta obra*

go que hablar de la obra, no sé qué decir. No puedo decir en líneas simples *se trata de esto y de lo otro*. No puedo hablar ni del argumento ni del tema. Fueron necesarias muchas reuniones con el director, previas a armar el elenco, y no creo que hayamos avanzado en la definición.

Cuando una actriz preguntó cuál era la premisa de la obra, no encontré palabras más que *dar el paso implica siempre dolor*. Crecer, amar, independizarse. La figura del nacimiento es mucho más clara: salir del útero a la hostilidad del mundo de afuera es tan fuerte que merece un buen llanto. De **Color de hormiga** sólo tengo una intuición. De todos los textos que he escrito, puedo decir que, junto a **Animala**, **Color de hormiga** es el proyecto más personal que he emprendido. Mostrar a todos espacios íntimos, citas tan finas de la vida de uno que de ninguna manera la retratan sino que la imitan y sacan un mejor ejemplar. **Color de hormiga** no es mi historia. Es mi emoción, mi dolor, mi alegría. Y

está mucho mejor contada (que nadie se sienta retratado en mi retrato).

Por qué dramaturga, por qué el teatro. Escribir no nace con el teatro. Con él sólo nace la concepción escénica y la conjugación de las dos cosas que más me ha gustado hacer en la vida: actuar y escribir. Pude escribir canciones y cantarlas, pero hay muchos otros que lo hacen mejor. He tenido la

suerte de nacer en una familia llena de libros, llena de música y pintura. Pero el material creativo no está sólo ahí, está al lado de uno, en el can-



Fotografía: Nora de la Maza



Foto izquierda: Gaby Hernández, Paula Zúñiga, Pedro Vicuña y Maricarmen Arrigorriaga. Foto derecha: Gaby Hernández, Paula Zúñiga atrás y en segundo plano Francisca Márquez en **Que nunca se te olvide que no es tu casa** de Lucía de la Maza. Dirección: Rodrigo Pérez. III Muestra de Dramaturgia Nacional, 1997.

que dije en una nota anterior. O como el *sólo sé que nada sé*, o *no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió*, o *tengo una soledad tan concurrida*, o *el olvido sólo se llevó la mitad*, o *lástima que no sea verdad tanta belleza*. Como cuando uno va al cine y dice *esa película la pude haber escrito yo*. Quise hacer novelas que ya están en mi librero, guiones de cine de películas que he visto varias veces, poemas de otros que salen de mi boca con el cariño que se tiene sólo a los hijos. Me imagino a mi misma, dos personas: yo y otra, que lee mis textos, que no se pierde mis estrenos, que me recoge los pa-

la podría haber escrito yo, y escuchar de mi boca esas palabras que no me envidian sino que me comprenden como alma gemela, que citaré eternamente cada vez que necesite. Me imagino a mi misma escribiendo como yo escribo, citándome, plagiándome, con la certeza de que soy capaz de escribir mejor que yo, que incluso me puedo admirar tanto como me admiro yo y que no hay celo en ello. Puj, esta nota se está volviendo un tanto egótica.

Color de hormiga. Cuando ten-





Fotografía: Rodrigo Lisboa.

Benjamín Vicuña en **El cómico**.
Dramaturgia y dirección de Lucía de la Maza. II Festival Pequeño Formato, 2000.

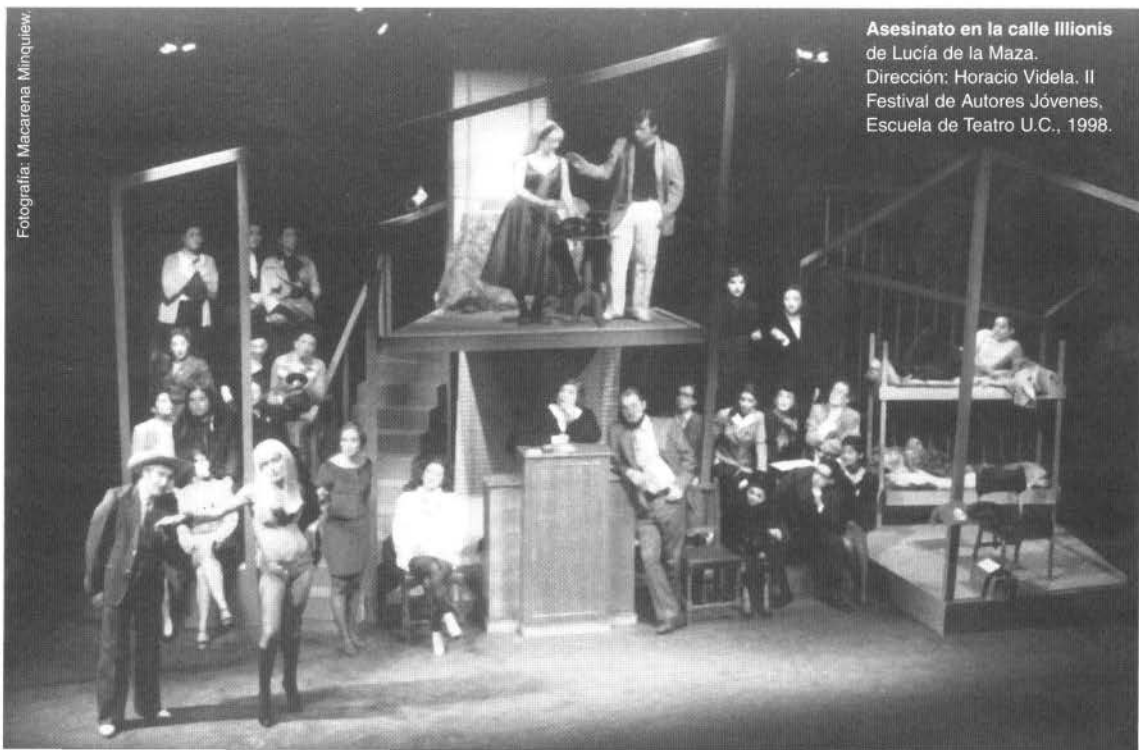
tante a *capella* que se sube a mi micro, en los amantes suicidas del río Mapocho.

Ayer estuve pelando el cable hasta las tres y media de la mañana. Es que en este oficio del teatro hay que saber hacer de todo. Hice una instalación eléctrica con el rigor de la escri-

tura, parto el cable negro por la mitad, sin llegar a los filamentos de cobre, y los pelo, cada punta la uno con otra, con los dedos los giro para que queden en perfecta unión, los envuelvo en la huincha aisladora, por separado, luego unidos. Ha quedado perfecto. Pienso que podría aprovechar y arreglar los cables de mi casa, hay uno que hace cortocircuito. Pero después de que se haga el OFF. Hasta entonces no puedo dedicar ningún minuto de mi tiempo a quehaceres, mi refrigerador sin comida, el patio lleno de limones en el suelo sin exprimir, las arañas, regocijándose en los rincones. Es que esta época del año es cuando bajo de peso y mi pelo se pone rebelde, estoy entre los ensayos de *Color de hormiga* y la producción del OFF de dramaturgia. Hace un par de años estaría quejándome que por qué la vida, que debí estudiar comercial y hacer del teatro el *hobby*. Odio esa palabra. No es nueva para los actores, se la dijeron sus padres, sus amigos, la orientadora del colegio. Yo a mis alum-

nos, cuando me cuentan que quieren estudiar teatro, les digo *visualiza tu vida en diez años más, quieres tener una familia grande, quieres tener casa propia, entonces cuidado, para los actores es muy difícil*. Otro tema es aguantar críticas o cometer errores, que en este arte se pagan caros, sobre todo porque uno está obligado a trabajar en grupo. Al menos, pertenecer a un grupo, de teatro, de autores, generacional. Les digo que, si a pesar de todos sus miedos hay algo más fuerte que les habla del maravilloso mundo que les espera, y que si no lo consiguen se van a enfermar, entonces deben hacerlo. La salud es lo primero.

Me voy a bajar. Siempre me siento al centro y después, cuando está lleno, no puedo salir. Olvidé el guión de mi obra en el asiento. Que alguien lo encuentre, que diga que es lo más cursi que ha leído en su vida. Como aclaré en la primera página, espero que no se malinterprete, *Color de hormiga (Blanca)* no es un melodrama. Es una comedia romántica. ■



Fotografía: Macarena Minquiew.

Asesinato en la calle Illionis
de Lucía de la Maza.
Dirección: Horacio Videla. II
Festival de Autores Jóvenes,
Escuela de Teatro U.C., 1998.